

barcos yanquis y la batería costera española en Matanzas y los combates navales en la bahía de Manila, Romero tendría que reconocer que las cosas no sucedían como esperó y desde luego algo semejante debe haber pasado entre los funcionarios de relaciones exteriores de México.

«Si los informes contenidos en esa parte son exactos, como supongo que lo serán, y si esa batalla (Manila) se debe tomar como el preludio de lo que pasará durante la guerra, causará una gran decepción a todos los que esperábamos que España hiciera una resistencia seria, aunque al fin tuviera que sucumbir a la superioridad de la fuerza y elementos de este país».

El alboroto expansionista que se desató al comenzar la guerra entre Estados Unidos y España, sobre todo bajo la euforia de la fácil victoria de Dewey en Manila, creía Romero que era suficiente para afianzar su pronóstico acerca de que el resultado final vendría a ser la anexión de Cuba a Estados Unidos. Las miras anexionistas hacia Puerto Rico llamaron también la atención del ministro mexicano en Washington. Aunque quizás aún no estuviera clara la forma de conservar la isla borinqueña, se valoraba la ventajosa posición en el mar antillano, tanto por la cercanía a Cuba como a Estados Unidos. Esta apreciación ya evidentísima iba acompañada del rumor de que España había hecho llegar al conocimiento del gobierno de Estados Unidos la disposición de reconocer la independencia de Cuba y otorgarle estaciones navales en Filipinas y Puerto Rico. El presidente —se decía— no aceptaría condiciones que no comprendieran la retirada total de España de América y Filipinas.

«Se me asegura que el presidente no ha decidido respecto de las islas Filipinas, si las anexa a Estados Unidos o favorece su independencia; pero sí parece que no está inclinado a devolverlas a España. Es seguro que la presión que ejercen los amigos del sistema imperialista será tal que aunque el presidente lo deseara, no podrá devolver esas islas a España, si llega a ocuparlas...».

La imagen definida en los salones diplomáticos parecía garantizar la aquiescente neutralidad de las potencias europeas. Alemania no estorbaba las operaciones militares y navales contra España y los británicos adoptaban una postura más cercana a Estados Unidos. Vale la pena recordar que estaban enfrascados en una disputa territorial con Venezuela en la cual Estados Unidos fungiría como árbitro. Esta posición favorable a la república angloamericana incluía fácilmente el derecho de imponer condiciones a España a su antojo cuando se negociara la paz. Condiciones que fueron duras, vistas desde el ángulo español, que se las buscó por su terquedad anticubana, y de rebote lesionaron enormemente las expectativas de los patriotas cubanos, filipinos y puertorriqueños.

Para Francisco de Icaza, quien sustituyera a Riva Palacio en la representación mexicana en Madrid, la política de España había sido de «resistencia pasiva» recibiendo los impulsos de afuera, sea de la manigua insurrecta o de las presiones de Estados Unidos. A su juicio la opinión pública de la península estaba cansada de la guerra y se hallaba «dispuesta a las mayores transacciones» pero la intromisión de Estados Unidos produjo una reacción que complicaba cualquier concesión que se hiciera. En ello habían intervenido no poco los engaños políticos por intermedio de la prensa alborotadora. Del mismo modo, se tenía la seguridad de que las potencias europeas no pondrían sus armas en favor de España en la inminente guerra con Estados Unidos. Esa certeza, en conocimiento de ese último país, debilitaba *a priori* cualquier indicación amistosa para prevenir el conflicto.

El gobierno de México adoptó las medidas correspondientes entre el 26 y 27 de abril. El secretario de gobernación dirigió una circular a todos los gobernadores advirtiéndoles que la política de estricta neutralidad era ratificada ante el «lamentable conflicto» entre dos países considerados amigos. Como era de esperar, la principal reacción de la sociedad mexicana con respecto a la intervención estadounidense en la guerra independentista de Cuba, se concentró en los periódicos. Los periódicos oficialistas lo hicieron con suma cautela en contraposición con la exaltación y sistematicidad con que se proyectó la prensa conservadora, católica y filohispana. Precisamente, a ésta deseamos hacer referencia. A pesar de que Cosío Villegas descalificase el antiyanquismo de esta franja político-ideológica no cabe extrañeza de que su discurso haya podido calar con más hondura en la cultura política mexicana que el discurso procedente de las filas liberales rayano en lo blandilocuo. A diferencia de publicaciones más o menos favorables a la causa independentista y preocupadas por los aires expansionistas del norte, como *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote*, *El Continente Americano* y otros, la prensa conservadora concentró su atención en la crítica furiosa a Estados Unidos, a sus prácticas y políticas, instituciones y proyectos, que si bien fueron acentuados en señal de adhesión a España, no dejaron de aportar un significativo discurso cuestionador del progreso material, la modernización y la expansión imperialista, como podrá verse en las muestras que tomamos de ejemplo.

*El Tiempo*, en vísperas de convertirse en *El Tiempo Ilustrado*, no sólo era un periódico católico sino hispanófilo como correspondía a tal ortodoxia religiosa de procedencia europea. De ahí su discurso en honor a los ancestros hispanos y su labor mitificadora del aporte colonizador como gloria civilizadora. De suma elocuencia proespañola fue la reproducción de la oración fúnebre pronunciada por el cura Zacarías Martínez Núñez en loor

de Felipe II en El Escorial, el 13 de septiembre de 1898. La extensa apología al gotoso y oscurantista monarca venía a ser la apología al consolidador del imperio español e instrumento eficiente de la imposición ecuménica de la religión católica en su variante más atrabiliaria: «el más grande entre los reyes, martillo de las herejías, brazo de la cristiandad...».

Detrás de la retórica teológica bulle, junto a la defensa del sojuzgamiento colonial y las bondades de la Inquisición, el dolor sordo e inconsciente del poder perdido y la rabia ahogada por la desdicha presente. Un discurso hecho para españoles: recuento de triunfos y hazañas de dudosa autenticidad, exaltación militar y evangelizadora, construcción de una historia sesgada y tendenciosa, acusadora y sentenciante. El cura Zacarías lleva toda su agua en favor del conservadurismo y contra el liberalismo («factores de las libertades modernas», que «constituyen la mayor de las tiranías»), cuestiona el concepto material del progreso y resuella por la pérdida de las últimas colonias. Y es en los párrafos finales en que se desnuda la esencia política de su honra fúnebre:

«Pero, señores, no quiero terminar esta oración fúnebre, que podría calificarse también ‘Oración fúnebre de España’ sin hablaros de lo que algunos llamarán error político de Felipe II respecto de las colonias: ¿Sabéis cuál es? Es el error de toda nuestra patria: el haber conquistado América y Filipinas, redimiendo a las personas sin matar la raza, siguiendo el sistema contrario de Inglaterra con la raza tasmania y al de los Estados Unidos con los indios aborígenes de la América del norte y con los pieles-rojas, de los cuales sólo quedan ya cuatro o cinco tribus insignificantes; el haber roto, como no lo hacen Inglaterra ni Holanda, las cadenas de la esclavitud, derramando la luz de lo alto en las inteligencias extraviadas, despertando del sueño de la muerte a los pueblos errantes y perdidos, dándoles nuestra sangre, religión y lengua, realizando el plan de Dios, del padre cariñoso que supo dictar las ‘Leyes de Indias’, civilizando en el cabal sentido de la palabra...».

Concepción providencialista de la historia, manejada dolosamente, que comporta un riesgo que a duras penas acepta:

«No se me oculta que por esos caminos se llega a la independencia de las colonias; pero así como algunas vivieron pacífica y felizmente por espacio de tres siglos a la sombra de la Cruz, más tiempo hubieran continuado de esa manera si las miasmas de la impiedad y de la corrupción administrativa, más terribles que los del cólera, no hubieran asolado a aquellas hermosísimas comarcas. De todos modos si ese sistema de colonizar es un error, creo que debe abrazarse con él toda alma honrada ¡Bendito sea el error!».

A su juicio, la consideración religiosa ya no domina, sino la del hecho por la fuerza material y bruta; se mata y esclaviza por codicia y egoísmo, por